contra todos", se queja Eugenia, deprimida por los recientes acontecimientos; pero el emperador, según parece, está decidido a terminar con el asunto de México. Para esto, viendo que no puede sustraerse, se resigna a una intervención personal. El día 19, a las cuatro de la tarde, se presenta en el Grand Hôtel.

En primer lugar, trata Carlota de conmoverlo. También sugiere soluciones. ¿Por qué no convocar al Cuerpo Legislativo y proponerle que otorgue por grupos mensuales los noventa millones necesarios para salvar a México? ¿Rehusaría? Entonces el emperador podría disolver las Cámaras y lanzar un llamado a Francia. Seguramente lo seguirían. Por otra parte, ¿no tendría Francia necesidad de un aliado en el Nuevo Mundo, capaz de equilibrar las fuerzas, un aliado que sería un cliente de la industria francesa? Napoleón intenta responder, decir que no tiene que esperar nada. En vano. Ella lo interrumpe, esforzándose en eludir el rechazo que ya siente inminente. No obstante, logra colocar una palabra: la emperatriz no debe hacerse ninguna ilusión.

—¡Pues bien, abdicaremos! —exclama ella.

—¡Abdicad! —responde Napoleón cogiendo la oportunidad al vuelo.

Entonces, Carlota, exasperada, le arroja a la cara:

—Esta empresa le concierne todo a Vuestra Majestad y tampoco Vuestra Majestad debe hacerse ninguna ilusión sobre este punto.

Napoleón se levanta, se inclina ante ella y sale sin pronunciar palabra.

Dos días más tarde, le confirmará su decisión irrevocable. "Ni un hombre, ni un escudo más". Ella vacila bajo el golpe. Se perciben las repercusiones del choque recibido, en la carta que le escribe al día siguiente a Maximiliano. "Él (Napoleón) tiene el infierno dentro de él mismo, y yo no. Puede cometer una mala acción preparada desde hace mucho tiempo, no por cobardía, ni falta de valor ni por cualquier motivo que sea, sino porque es el principio del Mal en el mundo y quiere apartar al Bien a fin de que la humanidad no vea que su obra es mala y que la adora... Puedes estar seguro de ello: para mí, es el diablo en persona. En el momento de nuestra última entrevista, ayer, tenía una expresión que hacía que los cabellos se os pusieran de punta en la cabeza; estaba horrible, era la expresión de su alma; todo lo demás, no es sino apariencia..."

Se desborda el odio de Carlota: "Desde el principio hasta el fin, nunca te amó, porque ni ama ni puede amar; te fascinó como la serpiente; sus lágrimas eran mentirosas como sus palabras, y todos sus actos, engaño. Desde su último no, y creyéndote arruinado, se siente encantado... He visto el fondo sutil de su ser en muchas ocasiones y todavía me estremezco, porque jamás ha visto el mundo cosa igual ni la verá jamás; pero su reino toca a su fin y entonces podremos respirar de nuevo. Probablemente me encuentres exagerada, pero esto me hace pensar completamente en el Apocalípsis, y esa Babilonia le sienta bien; probablemente más de un incrédulo llegará a creer en Dios, si viese al diablo tan cerca..." ¿Son ésos recuerdos de infancia que resurgen? Leopoldo poseía copias del Apocalípsis de San Juan, de Alberto Duerro, que antaño habían impresionado mucho a la niña.

Apremia a Maximiliano: "Debes escapar lo más rápidamente posible de sus garras... librarte de la influencia directa de ese infierno... Desembarázate de los agentes de finanzas o domínalos, y que las cosas militares no tengan nada que ver con los franceses; de otra manera, estarás perdido..." Ni durante un momento piensa ella en la abdicación. "Creo que debes sostenerte tanto tiempo como sea posible, porque, una vez desaparecido el infierno, sería interés de Francia y de Europa entera crear un gran imperio en México y esto es lo que podremos hacer. La vida es repugnante y sofocante en el viejo mundo..."

Nuevamente surge el odio contra Napoleón. "...Hace propaganda en todos los países y se ríe de sus víctimas. Puede desafiársele desde el otro lado del mar... No puedes vivir en el mismo continente que él, pues te reduciría a cenizas... No podrías vivir en Europa al mismo tiempo que él, y del Cabo del Norte al Cabo Matapán, el aire está saturado de él... Mi viaje fue para él el golpe más violento que ha recibido en mucho tiempo, y dondequiera muchas personas se interesan en mí..."

Esta carta, evidentemente, indica una perturbación mental. Por otra parte, desde hacía algunos días las personas que la rodeaban notaban lo encendido de su semblante, el resplandor duro de sus ojos brillantes. Gesticula dirigiéndose a veces a algún ser invisible, y a veces dice palabras incoherentes. Su médico, Bohuslavek, empieza a temer alguna cosa más grave que un agotamiento nervioso debido a las emociones y a la falta de sueño. Sin que ella se dé cuenta, la hace tomar calmantes. Y le aconseja que repose, que pase una temporada en el castillo de Miramar.

Antes de dejar París, Carlota le escribe a su amiga, madame de Grunne, en términos completamente razonables. "Rogad por mí y por México. Dejé allá cosas perfectamente suscep-

tibles de arreglarse. Pero algunas altas voluntades de este lado del Atlántico lo han decidido de otra manera, y probablemente sufrirán el contragolpe de ellas. En cualquier caso, cumplo con mi deber, el emperador permanecerá fiel al suyo, y Dios nos protegerá o nos hará conocer su voluntad".

Fould se engañó completamente cuando creyó que la emperatriz Carlota llegaría a hacerle tomar al emperador la única decisión posible: la abdicación. Ella fracasó y lo sabe, puesto que poco después (el 4 de septiembre de 1866) le enviará un cable a Maximiliano, por medio de la línea trasatlántica recientemente puesta en servicio: "Todo es inútil", que no deja ninguna esperanza. Y, sin embargo, lejos de tener la idea de abdicar, forja planes para lo porvenir.

XIV

MAXIMILIANO CAMBIA DE RUMBO

NAPOLEÓN CUENTA con Bazaine para "desembarazar" a Francia del asunto mexicano. "Es preciso terminar con eso de una manera o de otra", le dijo. No obstante, Maximiliano cree todavía poder contar con Francia. El viaje de Carlota tiene justamente como objetivo hacer que Napoleón vuelva sobre sus decisiones. Pero si Francia concede los subsidios que implora México, es precio acercarse al ejército francés. Ahora bien, el 1 de julio, Maximiliano, pretextando su estado de salud, se rehusó a recibir al mariscal que partía para el Norte, en donde el general Mejía acababa de sufrir un grave fracaso. Piensa entonces ofrecerles a dos oficiales franceses, el general Osmont y el intendente general Friant, las carteras de Guerra y la de las Finanzas, creyendo que así forzaría la mano del gobierno francés. Por otra parte, le escribe una carta amistosa a Bazaine (mientras que Carlota lleva contra él una verdadera requisitoria), informándolo de estos nombramientos y rogándole que tenga a bien poner estos dos oficiales a su disposición.

Como Bazaine no responde, Maximiliano lo coloca frente al hecho consumado. Osmont y Friant están nombrados. El emperador Napoleón, dice, le ha escrito en muchas ocasiones que tenga cerca de sí a funcionarios cuyo concurso le sería útil, es decir, "que le serían útiles para la obra que hemos emprendido en común". No hay, pues, allí nada que no sea completamente normal.

Los dos oficiales designados, siendo al mismo tiempo ministros, permanecerán por otra parte a la cabeza de sus respec-